

Por qué seguir leyendo *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX* (Buenos Aires, Cántaro, 1993) de Juan Carlos Garavaglia y José Luis Moreno (comps.).

Un día de 1987, cuando era yo una joven estudiante, me encontré con Juan Carlos Garavaglia en su departamento de la calle Scalabrini Ortiz. Haría un año que había empezado mi trabajo de tesis de licenciatura bajo su dirección y llevaba bajo el brazo las fotocopias de la revisita de tributarios Santiago del Estero de 1786. Juan Carlos se alegró del hallazgo y de inmediato me enseñó cómo organizar esa preciosa información. Lo recuerdo trazando en un papel “los campos del DBASE” (SIC), ese programa que nos enseñaba a usar a todos sus tesisas aunque no contáramos todavía con computadoras personales. Cuando se lo comenté a Raúl Mandrini, me dijo: “Juan Carlos siempre está cargando algo en una base de datos”.

Empiezo evocando este recuerdo un tanto jocoso porque me gustaría imaginar que de esos años data el entusiasmo de Juan Carlos por la explotación de las fuentes censales. Me engaño un poco: ya en sus trabajos sobre el Paraguay había explorado -aunque con menos profundidad- las posibilidades que el manejo de herramientas simples de la demografía le abrían al historiador.

El libro que estoy reseñando fue relevante, ya que abrió una nueva dimensión de la historia agraria y social que no había recibido hasta el momento suficiente atención. Contextualicemos velozmente algunos de los principales hitos de la renovación historiográfica que tuvo en Juan Carlos Garavaglia uno de sus impulsores y exponentes más notables: de 1982 es la primera versión de “Crecimiento económico y diferenciaciones regionales...” (publicado en español en 1987 en *Economía, sociedad y regiones*, Buenos Aires, De la Flor) y de 1987 el debate sobre el gaucho que alojó el entonces novísimo *Anuario IEHS*. En esas dos instancias, Garavaglia ya había demostrado la importancia de la agricultura del trigo en la campaña porteña colonial e introducido en la discusión -junto al muy joven Jorge Gelman- su hipótesis “campesinista”. Por cierto, en el debate del *Anuario* ya se mencionaban los padrones - Carlos Mayo acudía a ellos para encontrar a los “labradores” de una economía que decía “paralela” a la de la gran estancia- pero fue en el libro que me toca reseñar -y en trabajos posteriores- donde la estructura demográfica, las categorías ocupaciones y el origen de las poblaciones sería objeto privilegiado de estudio.

*Población, sociedad, familia y migraciones* reúne siete capítulos y una introducción a cargo de los compiladores Juan Carlos Garavaglia y José Luis Moreno. En rigor, la mitad del libro les pertenece mientras que los tres colaboradores restantes – Jorge Gelman, Mariana Canedo y José Mateo- aportaron estudios de caso de los que me ocuparé (escuetamente) en breve. Los capítulos articulan una obra de notable coherencia y unidad, que el título resume muy bien y que expresaba la nueva pieza que venía a incorporarse a la renovación de la historia agraria del momento.

El objeto común era la población -de toda la campaña en los dos artículos de Moreno, de partidos específicos en los trabajos de Canedo Mateo y Garavaglia, de la Banda Oriental en el de Jorge Gelman- pero el abordaje se diferenciaba netamente del de la demografía convencional. Puede decirse que la aproximación a las poblaciones en estudio se hacía con un utillaje técnico sencillo y con preguntas complejas, que iban más allá de las estrictamente demográficas y que no se conformaban con respuestas descriptivas. Padrones y censos eran pensados en tanto que miradores de una sociedad rural diversa y en pleno descubrimiento, con innegable impronta campesina. Por lo tanto, el estudio de la población se hallaba al servicio de la sociedad rural, una sociedad que tenía en las familias sus células mínimas y que, en muchos sentidos, compartía rasgos con las del interior y de otras regiones latinoamericanas. Claro está, las experiencias previas de Garavaglia -historiador del Paraguay y de la Nueva España- mucho tenían que ver con el cambio de mirada.

En estrecha asociación, el libro introducía un campo de estudio bastante novedoso para la historiografía argentina del momento, cual era el de la historia de la familia. Mientras algunos de los trabajos -el de Garavaglia y el de Mateo- recuperaban las clasificaciones de Laslett para comprobar el predominio de unidades nucleares -favorecidas por un acceso aún relativamente sencillo a la tierra- otros autores las presumían a partir de la estructura de una población con alta participación de casados y casadas y anchas bases infantiles. En todo caso, la familia conformaba una pieza central en la pampa campesina que se adivinaba detrás de las copiosas cosechas de trigo de Buenos Aires. Incluso en la Banda Oriental percibida, aún en mayor medida que el hinterland rural porteño, como el reino de la ganadería y la gran estancia.

Sin embargo, quizás el elemento más novedoso para esta historia agraria en construcción era el que aportaba el énfasis en las migraciones, aquel puente formidable que unía las historias del litoral y del interior. En un punto, las migraciones eran el corolario “natural” del “ascenso del litoral” y la “estabilidad del interior” anunciadas por Halperín en *Revolución y guerra*. Sin embargo, creo que por primera vez, podía precisarse la participación, el origen y los ritmos de los flujos migratorios que le estaban cambiando la cara a la campaña bonaerense. Una cara que, “blanqueándose” en las etiquetas que los censistas adosaban a la población registrada, escondía orígenes indígenas y mestizos que quizás no habrían pasado desapercibidos en las regiones de origen de los migrantes.

Por lo tanto, este libro proponía en conjunto el examen de una documentación conocida -pero que había dormido el sueño de los justos por muchísimo tiempo-, empleando algunas herramientas de la demografía histórica, combinando miradas macro y microrregionales y -salvo en el estudio de Moreno que abre el volumen- pensando a la población en función de las últimas novedades de la historiografía social y agraria sobre la colonia tardía y la primera década del siglo XIX.

Recordaré brevemente el contenido de las contribuciones. José Luis Moreno proporcionó las lecturas panorámicas, primero trabajando sobre el censo de 1744 y luego comparando aquel conteo con el de 1815. Sus artículos superaban la descripción

para proponer una primera tipología de la estructura ocupacional que se proyectaba también sobre la agraria: en una clasificación mixta, el autor dividía las unidades domésticas según estuvieran encabezadas por grandes propietarios, pequeño y medianos propietarios, pequeños propietarios en tierras ajenas, comerciantes y artesanos, funcionarios administrativos, trabajadores especializados, peones y conchabados. Ya en el examen del padrón más temprano -que, según reconoce Moreno, inició antes de haber leído los trabajos de Garavaglia- se hacían algunos rasgos que casaban muy bien con el carácter fronterizo y la rareza de la gran propiedad en la campaña bonaerense. El trabajo comparativo, pensado en función de las nuevas preguntas que sugerían las investigaciones de Garavaglia, daba cuenta de algunas de las transformaciones revolucionarias -el mayor peso de los grandes propietarios, entre las más notables- pero también anticipaba las permanencias - ante todo, la obstinada persistencia campesina- que fueran objeto de estudio más adelante por otros investigadores.

Cuando se publicó *Población, sociedad, familia y migraciones*, Jorge Gelman llevaba cerca de cuatro años trabajando la estructura agraria de la Banda Oriental, especialmente sus hasta entonces ignorados bolsones campesinos. No se trataba de una cuestión menor. Con sus contribuciones, Gelman reponía la historia colonial de la Banda Oriental en la más amplia del Río de la Plata y daba respuesta a un dilema pendiente e ignorado por la historiografía uruguaya de entonces: el de los ancestros de los campesinos que habían seguido a Artigas en el siglo XIX. Sus investigaciones permitían adivinarlos entre los productores del trigo de la región y aún entre algunos de los llamados, a veces pomposamente, “estancieros”.

Gelman mostraba cómo la estrechez del mercado de trigo volvía riesgosa su producción para el gran empresario, a la par que para los campesinos era la forma de valorizar el trabajo familiar sin costos de oportunidad. Se ocupaba de delinear, cruzando padrones y otras fuentes, una suerte de tipología de campesinos -chacareros, autosuficientes, “campesinos peones”, “peones proletarios”- que retomaría posteriormente en *Campesinos y estancieros*, su gran libro de 1998. No se trataba de categorías estáticas: para Gelman, el “peón proletario” de la instancia censal podía ser el chacarero de mañana si el ciclo de vida de su propia familia y algunas coyunturas favorables lo impulsaban. También venía a cuento en su artículo la diversidad en el interior de la misma Banda Oriental: si Paysandú, zona monoprodutora de vacunos, reproducía bastante fielmente la imagen canónica de la campaña gauchesca, Colonia y Soriano eran enclaves campesinos. Sin embargo, admitía nuestro autor que esas postales tardocoloniales se hallaban prontas a cambiar; es más, los cambios ya eran perceptibles en la confrontación entre padrones sucesivos. La armonía entre la estancia y el mundo campesino estaba a punto de romperse, los “infelices” seguidores de Artigas venían a gestarse de aquella ruptura y avance de la gran propiedad y de la producción ganadera.

Mariana Canedo, la joven doctoranda dirigida por Garavaglia, estaba preparando su tesis sobre San Nicolás de los Arroyos. La colonización temprana del partido y su

orientación ganadera prefiguraban aquel pago como una zona arquetípica de la gran estancia y, sin embargo, no lo era: Canedo descubría el origen santafesino de buena parte de los primeros habitantes y, gracias al generoso censista que en 1744 se ocupó de registrar los datos del partido, la complementariedad en el nomenclador de ocupaciones. Pastores más que estancieros, también en San Nicolás las familias ocupaban un lugar protagónico. Aunque en la primera oleada migratoria predominaban los soldados y hombres solos, en 1744 una relación de masculinidad equilibrada venía a mostrar que los arribados más recientes habían llegado en familias. Las tres cuartas partes de los jefes de hogar se hallaban instalados en tierras ajenas y, aunque todos criaban algunos animales, la mitad disponía también de algunas labranzas.

¿Hasta qué punto el caso de Lobos, estudiado por José Mateo (otro tesista de Juan Carlos) eran tan diferente del de San Nicolás? Sin duda, el poblamiento de aquel partido era más tardío (de hecho, el censo de referencia era esta vez el de 1815) y Mateo encontraba allí una decidida vocación agrícola. Pero también en Lobos volvían aquellos rasgos que parecían ya caracterizar gran parte del escenario rioplatense: centralidad de las migraciones en el poblamiento, estructura demográfica con importante participación de jóvenes, protagonismo de las familias y acceso fácil a tierras (aunque ahora más distantes de la ciudad donde se consumía el trigo). Los numerosos migrantes -en buena parte del interior y abrumadoramente mayoritarios entre los cabezas de familia- que Mateo volvía primeros actores de su historia, se habían instalado en Lobos después de realizar una o más escalas e integraban a menudo familias completas.

Con datos no tan abundantes, Mateo consiguió reconstruir la dinámica y las formas de las migraciones y, quizás sin proponérselo, demostró que el corrimiento de la frontera podía ser *también* un proceso espontáneo, en el que el estado no intervenía necesariamente. La asociación estrecha entre migraciones y frontera pasó al centro de los trabajos que, valiéndose de los instrumentos de la demografía, iluminaban dinámicas pensables también para otras regiones.

Por último, también Garavaglia incluía su propio estudio de caso: el análisis pormenorizado del padrón de Areco Arriba de 1815. ¿Fue el primero de su serie de trabajos sobre Areco? No lo puedo asegurar; como fuera, la curiosidad ya había llevado a Juan Carlos a buscar más datos sobre los personajes de los censos, especialmente en las sucesiones post mortem. De alguna manera, esta fracción de Areco representaba una suerte de caso intermedio entre San Nicolás y Lobos: mixtura productiva, migrantes en familias y sobrerrepresentación de hombres del interior entre los minoritarios jornaleros. Areco Arriba era una suerte de síntesis de este mosaico productivo que en pocos años había ido desvelándose y Garavaglia lo usaba como pretexto para condensar las problemáticas que el libro anticipaba desde su mismo título.

*Población, familia y migraciones* fue un texto importante, y quizás resulte todavía más importante si se lo considera retrospectivamente. En efecto, los estudios

microrregionales de los partidos rurales de la campaña todavía por hacerse para el período considerado por el libro, según estimo, no aportarían ya demasiadas sorpresas. Quizás también por ese motivo los autores de los artículos que conformaban la compilación avanzaron hacia el siglo XIX, corrieron la “frontera historiográfica” a la búsqueda de novedades. Como todos sabemos, Juan Carlos siguió abriendo incansablemente nuevas líneas de investigación, se acercó a la historia política, a la de la construcción del estado, a la de las guerras. Sin embargo, nada de esto habría tenido lugar si antes no se sentaban las bases que la escritura de este libro colectivo proporcionó a la historiografía y que hoy día casi forman parte del sentido común de los investigadores.